

APUNTES PARA UNA TEORÍA DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Primer Congreso de Pensamiento Latinoamericano: La construcción de América Latina.
Universidad de Nariño, Colombia, noviembre de 2001.

Introducción.

Para quien ha venido trabajando en el ámbito de los estudios literarios, esta ocasión en que se reflexiona sobre pensamiento en Latinoamérica se presenta como un buen motivo para hacer algunas consideraciones sobre la propia actividad y sobre el ambiente académico en que ésta se desarrolla. No considero que exista mucha diferencia entre lo que sucede en México en instituciones de nivel superior, sobre todo de provincia, y cuanto sucede en centros de enseñanza del mismo nivel en otros países de latinoamérica. Por este motivo me llama la atención lo que Bachelard ha bien caracterizado cuando habla de que, en su formación, un espíritu científico pasaría necesariamente por tres estados que él expone, mucho más precisos y particulares que las conocidas formas comtianas. Para mejor determinar estas tres etapas, dice Bachelard, deberemos preocuparnos por los diferentes intereses que constituyen en cierto modo su base afectiva; por este motivo, adjunta a la ley de los tres estados del espíritu científico una especie de ley de los tres estados de alma, distinguidos por intereses que son los que aquí nos conciernen. Estos son:

Alma pueril o mundana, animada por la curiosidad ingenua, llena de asombro ante el menor fenómeno instrumentado, jugando a la física para distraerse, para tener el pretexto de una actitud seria, acogiendo las ocasiones de coleccionista, pasiva hasta en la dicha de pensar

Alma profesoral, orgullosa de su dogmatismo, fija en su primera abstracción, apoyada toda la vida en los éxitos escolares de su juventud, repitiendo cada año su saber, imponiendo sus demostraciones, entregada al interés deductivo, sostén tan cómodo de la autoridad, enseñando a su criado como hace Descartes o a los provenientes de la burguesía como hace el “agregé” de la universidad.

Alma en trance de abstraer y de quintaesenciar, conciencia científica dolorosa, librada a los intereses inductivos siempre imperfectos, jugando el peligroso juego del pensamiento sin soporte experimental estable; trastornada a cada instante por las objeciones de la razón, poniendo incesantemente en duda un derecho particular a la abstracción, ¡pero, cuán segura de que la abstracción es un deber, el deber científico, y la posesión finalmente depurada del pensamiento del mundo! (Bachelard, 1983:12).

Los intereses señalados por Bachelard en los tres estados de alma motivan varias interrogantes; él se pregunta si es posible la convergencia de intereses tan encontrados, aunque sabemos por su exposición que está hablando de etapas, lo que hace pensar en estados sucesivos en un individuo o en un grupo y, además, lo hace en un tono polémico. Nosotros podríamos preguntarnos cuál de las etapas es la dominante en nuestro ámbito de

trabajo y en cada miembro de los que allí laboran. Es probable que ante esta pregunta nos demos cuenta de que espontáneamente hemos iniciado a elencar nombres en cada caracterización, y es también probable que en nuestros centros docentes se den los tres estados de alma señalados. Nos es familiar la imagen de quien con encendida curiosidad y con acentuada capacidad de asombro busca atesorar cuanto novedad está a su alcance, pero las almacena como se hace con un costal de papas y en lo que repara de manera efímera es en el producto que como novedad pone en circulación el mercado, pero lo hace en la función de simple transmisor de lo que el libro contiene. De manera semejante nos es conocido el estereotipo del docente que con espíritu simplón considera que no hay motivo para complicarse la vida, pues ésta es tan llana que él la conoce como es desde sus años mozos y, en caso de que se presentara alguna duda o anomalía, tenemos a nuestra disposición los diccionarios y enciclopedias para solventarlas, por consiguiente ¿para qué leer, dialogar, investigar? Finalmente también nos hemos encontrado con personajes que causan la impresión de no pisar el suelo y de vivir en un estado de abstracción continua que, consideran, les permite sobrepasar las apariencias o la hojarasca para llegar a lo medular de cada cuestión que se ponen.

Sabemos que el mundo es heterogéneo y que en él se dan estos y otros modos de ser, no sólo en el aspirante al desarrollo de la ciencia sino también en quien tiene en la mira otros proyectos. No todo en la Universidad está ciertamente encaminado a hacer ciencia. Sin embargo, sí es frecuente el reclamo en ella a hacer las cosas con rigor científico, estudiar, por ejemplo, la literatura científicamente, olvidándose de subjetividades y de otras vías que no ofrecen la menor consistencia. Es plausible que estas exigencias de científicidad se hagan muchas veces bajo el influjo del gran mito que se ha creado sobre la ciencia, pero sin saber lo que ello implica, sin discernir si ese acentuado rigor es posible en los casos en que se exige. En este trabajo nos proponemos exponer de manera sucinta que la ciencia no es lo que se propaga de ella, para abordar después la cuestión de la científicidad en los estudios literarios y para terminar indicando una perspectiva que nos permita hablar con bases diferenciadoras de literatura latinoamericana. Si no me equivoco, este planteamiento bien puede ser expuesto en un evento que tiene como materia el pensamiento en latinoamérica, al menos porque en él se busca señalar que este pensamiento es algo importante en la producción y el estudio de nuestra literatura. Digo señalar porque por ahora expondré sólo los prolegómenos de un proyecto que recientemente ha iniciado y que se vislumbra prolongado.

El paradigma de la ciencia.

En nuestro siglo, que por cierto todavía no cumple un año, aún sobrevive y con frecuencia es determinante la concepción positivista de la ciencia, ésta ha ocasionado que se la siga tomando como ejemplo en las disciplinas sociales y en las humanas; seguimos escuchando en las aulas el llamado a seguir en nuestros trabajos el ejemplo del procedimiento científico por la serie de cualidades que le han sido adjudicadas; en otras circunstancias, como en las profesionales, igualmente se sigue manteniendo la exigencia de seguir el modelo del conocimiento científico.

En el ámbito de la ciencia se puede nombrar ciertamente a algunos científicos que han reconocido en alguna medida el carácter de probabilidad de lo específico que trabajan, pero

no así a alguno que acepte la relatividad del método científico. Hay quienes han reconocido –como Levi-Strauss– que, por ejemplo, el pensamiento occidental es un caso del desarrollo humano, y han admitido también que éste adolece de problemas que no se encuentran en otras formas de pensar, pero siempre han excluido a la ciencia de toda posibilidad de relativización. Las características otorgadas a la ciencia causan gran fascinación; para muchos la ciencia es una estructura neutral que contiene conocimiento positivo y que es independiente de las circunstancias (cultura, prejuicios...) y, por tanto, no obedece a intereses cuestionables. Este concepto de ciencia existe también entre pensadores y artistas audaces que son bien conocidos como revolucionarios en sus propios campos, pero no así en relación a la ciencia; Ibsen, por citar un caso, se lanzó en su tiempo a denunciar las condiciones inadmisibles de la humanidad de entonces, pero siempre conservó su aprecio de la ciencia como medida de la verdad. Considérese igualmente la amplia suposición –pero no constatación– todavía existente de que todas las disciplinas obedecen o deben obedecer de manera precisa a las leyes de la lógica. En relación a esta presunción el mismo K. Popper expresaba lo que ya había afirmado Comte en la lección 52 de su *Cours de philosophie positive*: “Lo que es verdad en lógica, lo es en la psicología..., en el método científico y en la historia de la ciencia” (Popper, 1972:8). Esta suposición se originó principalmente de los planteamientos de Descartes que dieron origen a la filosofía moderna. En aquel entonces este pensador estimó que todas las cosas que entran en la esfera del conocimiento humano se encadenan de la misma manera, y de acuerdo con esta suposición, pensó que la deducción (tal como se practica en matemáticas) sería aplicable a la totalidad del conocimiento. Descartes inauguró así una filosofía que, como tal, buscaba manejar una visión de totalidad apoyándose en la razón y dio también origen a un modo de ver el desarrollo de la ciencia moderna que conocemos. Pero hay que tomar en cuenta que, en su planteamiento, las proposiciones más universales de las que deriva el razonamiento bien pueden ser juicios de creencia, pueden ser inducciones o intuiciones evidentes o también pueden ser estipulaciones arbitrarias como las de la axiomática moderna; hecho importante, porque esto indica un cambio en la filosofía al olvidarse de principios trascendentales y aceptar que las formulaciones de las que se deducen las explicaciones de un objeto particular son, en cambio, principios obtenidos o de la experiencia o del estudio inductivo o de intuiciones consideradas evidentes; no tienen otra fundamentación o una explicación basada en algo de mayor universalidad y perdurabilidad, por ello su validez se mantiene hasta cuando estas se mantengan sin grandes objeciones. Descartes horada así una concepción de filosofía considerada rectora del conocimiento y abre la heterogeneidad de desarrollos que aspiran a la científicidad tomando como base la metodología.

En este orden de ideas Popper, como filósofo de la ciencia ocupa un lugar importante porque constituye una especie de parteaguas en el pensamiento filosófico y científico reciente. En la caracterización que hace de su obra uno de sus estudiosos, éste dice que para Popper “la ciencia es un modelo de racionalidad precisamente porque no funda nada en manera definitiva. Y progresa justamente porque ha renunciado a la certeza del fundamento” (Antiseri, 1986:11). El anclaje de Popper en las playas del continente filosófico hoy dominante, compuesto de pragmatistas, instrumentalistas, historicistas, convencionalistas y de los congregados por el pensamiento débil no ofrece grandes controversias y puede verse ciertamente como el resultado de una navegación incierta y difícil; pero el corazón de su programa filosófico, más allá de los ademanes modestos con que se presenta, es en realidad el esfuerzo más robusto y sofisticado de salvar cuanto sea

posible de los “fundamentos del conocimiento”; porque, por el compromiso que asume, por la seriedad con la que busca alcanzar sus objetivos, por los interlocutores con los que escoge confrontarse (Hume y principalmente Kant), este pensador se ubica también en ese paradigma filosófico y condivide su espíritu más profundo (considérese su depreciación constante de la técnica, al igual que de la ciencia aplicada y la preeminencia que otorga a los planteamientos teóricos). Popper busca reconstruir sobre bases nuevas la posibilidad de un “discurso común” en el que tengan derecho de ciudadanía palabras como “realidad”, “verdad”, “conocimiento objetivo”, “racionalidad”.

En esta línea de trabajo, antes de Popper la cuestión central era para Hume resolver el problema filosófico de la inducción (buscaba establecer la uniformidad de la naturaleza que pudiera garantizar en el futuro la validez de los conocimientos adquiridos basados en la experiencia); la justificación trascendental kantiana buscaba también fundar el principio de uniformidad de la naturaleza y salvar así la posibilidad de la inferencia inductiva. Entonces, Popper tiene ciertamente tintes de pensamiento débil por su avezado afán de demoler cuanto queda de estas precedentes edificaciones, pero también es cierto que en un horizonte postkantiano en el que el a priori es historizado, pluralizado y relativizado, busca abrir la posibilidad de nuevas bases del conocimiento. De manera que, si es verdad que el debate filosófico contemporáneo se reduce a una dicotomía o a una serie de dicotomías que resumen y reproponen estos conflictos de casi un siglo entre ciencia e historia, entre teoría y práctica, entre racionalidad y existencia, entonces, el pensamiento de Popper aparece como un esfuerzo desesperado por sustraerse a estos conflictos, rechazando tanto la pretensión de una fundación absoluta (sacrifica el espíritu del paradigma filosófico clásico queriendo salvarlo) como también el sometimiento ya sea de la razón a la historia, de la norma al hecho o de la ciencia al consenso de la sociedad científica. Esto es lo que, pensamos, constituye la importancia de Popper en la perspectiva en que buscamos trazar una imagen del mundo científico. Contra sus posiciones se elevaría en gran parte el debate postpopperiano (Kuhn, Feyerabend) en el que se dibuja una semblanza de la ciencia actual.

T. S. Kuhn, como otros científicos, no acepta más los mitos difundidos sobre la ciencia; en su libro **La estructura de las revoluciones científicas** busca ofrecer una visión más realista de la misma, porque ve en la todavía extendida creencia en la ciencia algo más cercano al mito por cuanto se la magnifica; considera que la visión aún persistente de la ciencia es más contigua al mito de cuanto una filosofía científica esté dispuesta a admitirlo, sostiene que ésta es una entre muchas formas de pensamiento que han sido desarrolladas por el hombre y no es necesariamente la mejor, no es intrínsecamente superior, lo es sólo para quienes se han decidido por una determinada visión o la han adoptado sin haber examinado seriamente sus ventajas y sus límites. Que la ciencia pueda y deba ser manejada sólo según leyes fijas y universales es, dice Kuhn, una disposición forzada, falta de realidad y a veces perniciosa, porque considera de manera simplista o no considera en absoluto las circunstancias que han promovido y han causado el desarrollo científico; de igual manera ignora las complejas condiciones tanto físicas como históricas que en su desenvolvimiento van determinando los cambios científicos. Al definir uno de los conceptos centrales en su libro, el de paradigma científico como “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica” (p. 13), Kuhn reconoce cierta generalización, pero no habla de

leyes fijas y universales sino de problemas y soluciones válidas por cierto tiempo y para una comunidad científica.

Esta idea central ofrece otra visión de la ciencia que en lugar de ceñirse a reglas estables y universales se va modificando según las nuevas circunstancias que enfrenta en el seno de un grupo de estudiosos. Lo que quiere decir que el conocimiento científico es algo proporcionado a las capacidades del hombre y algo relacionado también con sus vicisitudes, es una manera de desarrollarse del mismo en su relación con cuanto le circunda, es algo finito, diversificable y perfectible. Aún más, en el mismo campo de la ciencia hay estudios, como los de Kuhn y otros, en que se demuestra cómo un desarrollo lógico estricto elimina no sólo aquellos elementos que hacen atractiva su presentación, sino que también acaba con los mismos caracteres que hacen posible el progreso científico y la ciencia. En efecto, es suficiente un examen cuidadoso para darse cuenta de que cada ciencia no es un todo que cuadre a la perfección; cada quien, en la disciplina que trabaja, puede percatarse de que ésta contiene lagunas, incluye partes inconexas, abarca teorías que son incoherentes, ya sea con los hechos, con otras teorías o hasta en su organización interior misma. En realidad no hay disciplina, teoría o explicación de un objeto que carezca del todo de objeciones y de críticas que parecen remarcar la incapacidad humana de alcanzar la perfección. La ciencia, como todo el conocimiento, no deja de ser una actividad con huecos y contradicciones a los que, en nuestro afán de alcanzar ideales, pocas veces les vemos su lado negativo; sin embargo y paradójicamente, este hecho ofrece ventajas, porque son realmente estas limitaciones las que mantienen la dinámica de la investigación; si no hubiera esas fallas, en cada intento lograríamos resultados perfectos, llegaríamos a la satisfacción plena en el logro de nuestros propósitos y no sentiríamos la necesidad de seguir buscando. Lo cierto es que tarde o temprano nos topamos con algo ineludible, tanto con el carácter limitado y endeble de nuestros conocimientos, como también con la condición inapagable de nuestro deseo de conocer cada vez más. Estas son realmente las fuentes que mantienen y dan vigor al desarrollo del conocimiento; las virtudes tradicionales de la precisión, de la coherencia y sobre todo del respeto irrestricto a la metodología y a las reglas pueden, en cambio, conducirlo al estancamiento. En la experiencia, los principios lógicos no sólo tienen un papel menor en el procedimiento que determina el progreso de la ciencia, sino que el tentativo de imponerlos de manera matemática y universal impediría la ciencia misma en aras de un fundamentalismo lógico. Aun al interior de la ciencia, dice P. Feyerabend, la razón no puede y no debe determinarlo todo, y con frecuencia es derrotada o eliminada a favor de otras instancias. No existe ni una regla que permanezca válida en todas las circunstancias y no hay nada a lo que siempre se deba apelar (Feyerabend, 1997:146). En relación a la lógica este autor es explícito: “La gran ciencia es una aventura intelectual que no conoce límites y que no reconoce reglas, ni siquiera las de la lógica” (Ibid.: 149).

En el trazo de una nueva imagen de la ciencia, Kuhn inicia su libro indicando “La insuficiencia de las directrices metodológicas para dictar, por sí mismas, una conclusión sustantiva única a muchos tipos de preguntas científicas” (p. 24). Desde sus primeras páginas este científico hace la distinción entre lo que él llama “ciencia normal” y las “revoluciones científicas”; la primera, dice, es la actividad en que la mayoría de los científicos consumen casi todo su tiempo y es la investigación basada firmemente para su práctica posterior. Esas son las realizaciones que exponen los libros de texto y que sirven para definir los problemas y métodos legítimos de un campo de la investigación para

generaciones sucesivas, a éstas Kuhn las llama “paradigmas” cuyo estudio prepara al estudiante para entrar a formar parte como miembro de la comunidad científica en la que trabajará más tarde.

Según Kuhn, los paradigmas constituyen una verdadera demarcación, pues los hombres que investigan con paradigmas compartidos quedan por ello sujetos a las mismas reglas y normas para la práctica científica. Este compromiso es requisito para la génesis y la continuación de una tradición particular de investigación; esto explica que al interior de un grupo de investigadores el acuerdo en su manera de proceder sea casi unánime, pero también que el acuerdo con otros grupos sea limitado o no exista. Además, en el campo científico, un paradigma aceptado es raramente un objeto para renovación, lo es, en cambio, para su mayor articulación y especificación, en condiciones nuevas o más rigurosas. En efecto, las operaciones de limpieza son las que ocupan, según Kuhn, a la mayoría de los científicos que, con su dedicación, causan la sospecha de obligar a la naturaleza a encajar dentro de los límites preestablecidos y relativamente rigurosos que ofrece el paradigma.

En la visión que Kuhn nos ofrece del ámbito científico podemos ver que éste, en realidad no deja de ser como otros del quehacer humano, en cuanto a que nos da a conocer algunos de sus aspectos que contrastan con las características que la opinión corriente maneja del mismo. Comúnmente se supone que la comunidad científica sabe algo de cómo es el mundo, y se piensa que cuando nos lo explica nos está dando a conocer su verdad que conjeturamos una, estable y definitiva; Kuhn y otros científicos nos hablan, en cambio, de su carácter relativo y de sus límites tanto en sus logros como en su vigencia temporal. Los modelos científicos o paradigmas son contingentes, proporcionales y perfectibles; no sólo en cualquier momento inician su vigencia, sino que también en otro ésta concluye por razones que van más allá del proceso científico. Kuhn nos dice que el conocimiento científico no es monolítico, ni completo, ni definitivo y que esto es precisamente lo que hace posibles otros paradigmas, al mismo tiempo que dinamiza el proceso y desarrollo científicos.

Un punto que deja muy claro Kuhn es que en el procedimiento científico las reglas no son imprescindibles: “La ciencia normal es una actividad altamente determinada, pero no necesita estar determinada enteramente por reglas. (...) Las reglas, según sugiero, se derivan de los paradigmas; pero estos pueden dirigir la investigación, incluso sin reglas” (p. 79). No existe sólo una serie de pasos bien definidos para hacer ciencia, en consecuencia, ésta no es una empresa ni compacta ni única, parece más bien una estructura desvencijada con poca coherencia entre sus diversas partes, en la que cuando hay reglas explícitas, estas pueden ser comunes a un grupo de científicos, pero no lo son para todos. Cuando el paradigma o la teoría son ampliamente reconocidas, éstas marcan ciertamente un rumbo en la investigación, pero no de manera rígida, sino de modo suelto en el que caben los ajustes y modificaciones que el objeto que se estudia requiere en su conocimiento. Por este motivo es innecesario el seguimiento estricto de determinadas reglas y lo que cobra mayor relevancia es la práctica, porque de ella dependen no sólo la validación o relegación del paradigma o, al menos, el trabajo de limpieza que ésta requiere, sino sobre todo la consecución de los objetivos que se persiguen en el proyecto.

De manera que en esta perspectiva la distinción entre facto y teoría, entre descubrimiento e invento, resulta excesivamente artificial, porque se ve que el conocimiento no es solamente

ni lo uno ni lo otro. Mientras la ciencia normal procede sin obstáculos, pareciera que el conocimiento del objeto ya estaba determinado por el paradigma o la teoría, pero señala Kuhn que el descubrimiento comienza con la percepción de la anomalía; o sea, con el reconocimiento de que en cierto modo la naturaleza ha violado las expectativas inducidas por el paradigma. Lo que a continuación suele suceder en esos casos es que se explora la zona de la anomalía y, entonces, la secuela es que es el paradigma el que debe ser ajustado, de tal manera que lo que parecía anormal llega a considerarse como lo esperado. En las ciencias, hecho y teoría, descubrimiento e invento no son categóricamente y permanentemente diferentes, de ahí que, como dice Feyerabend “la idea de un método que contenga principios estables, inmutables y del todo vinculantes como guía en la actividad científica se topa con considerables dificultades cuando se le confronta con los resultados de la investigación a lo largo de la historia. (En ella) descubrimos que no hay una sola norma, por más plausible que ésta sea y por cuanto esté sólidamente radicada en la epistemología, que no haya sido violada en alguna circunstancia... Tales violaciones son necesarias para el progreso científico” (Feyerabend, 1997:21). El mismo Popper quien tanto insistió en la profundidad sin límites de la investigación científica, en su primera versión de su **Logica** (1934) afirmaba que en el plano filosófico la metodología es fútil, porque de ella no se deben esperar verdades profundas (Popper, 1974:1008).

¿Cientificidad en los estudios literarios?

Consciente o inconscientemente, a partir del siglo XIX las ciencias humanas buscan alcanzar un grado de cientificidad comparable a la apreciada entonces en otros terrenos del saber. Al iniciarse el siglo XX, con la institución del estudio profesional de la literatura se plantean por primera vez las preguntas sobre su especificidad; estas interrogantes promovían mediante la separación de lo “propio” de la literatura, métodos de análisis que permitieran progresar en la comprensión de este objeto y dejar de lado métodos impropios que no tomaban en consideración su naturaleza. Las cuestiones de primera importancia que los estudiosos de la literatura se ponen son preguntas sobre todo relacionadas con su especificidad: ¿Qué es literatura? ¿Qué la distingue de otros productos del espíritu humano? ¿Qué la distingue de otros discursos, de otros textos o de otras representaciones? ¿Cuáles son los criterios que hacen que algo se distinga como literatura? Los teóricos de la literatura se plantean estas preguntas porque necesitan determinar qué es estudiar un texto como parte integrante de lo que denominamos literatura. La definición de literaridad se plantea por primera vez como una exigencia, como un instrumento de orientación teórica y metodológica para discernir los aspectos fundamentales de la literatura en su estudio.

Desde hace veinticinco siglos se han producido obras a las que se ha catalogado como literarias, pero lo literario ha sido hasta hace poco algo muy indeterminado, la idea moderna de literatura data de apenas hace dos siglos. Todavía hasta el siglo XIX, con el término literatura se indicaba “los escritos”, “el saber libresco” o se señalaba algún otro aspecto semejante; con la aparición del libro de Mme. de Staël **De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales** (1800) inicia propiamente el uso moderno del término. A principios del siglo pasado existían dos alternativas dominantes en los estudios literarios: la idiográfica que ponía el énfasis en el acontecimiento, y la nomotética que resaltaba lo generalizable de los fenómenos. Ambas tendencias reemplazaban el discurso

normativo sobre literatura que se venía desarrollando en su estudio, sobre todo en las investigaciones empíricas de la filología, en la crítica literaria y en las “poéticas” de entonces.

En forma paralela y confluyente con la lingüística de Saussure los formalistas rusos R. Jakobson y J. Tynianov inician una tendencia nomotética de estudios al buscar una base estable para el estudio de la literatura. Esta es la primera toma de conciencia de la necesidad de un desarrollo riguroso en este campo y constituye el primer acercamiento a los problemas metodológicos y epistemológicos que implican la formulación de una teoría (Eijzenbaum, 1965:31-75). La tendencia nomotética continúa después con mayor fuerza en **La obra de arte literaria** de Roman Ingarden, en la que se busca sentar las bases para una filosofía de la literatura, para una ontología en cuyos términos pueda determinarse la estructura básica general de todas las obras literarias. A mediados del siglo XX Dámaso Alonso decía “estamos en los comienzos de los caminos que pueden llevar hacia la creación de una ciencia de la literatura” (1970:11). En los años sesenta, Todorov (1968:102-103) consideraba como tarea de la poética la propuesta de una teoría de la estructura y del funcionamiento del discurso literario, según la cual las obras particulares serían consideradas como las manifestaciones del sistema. De esto se desprende una consecuencia relevante: para este autor la ciencia literaria no se ocupa de la literatura real sino de la literatura posible, pues en su búsqueda de una definición de literatura abstrae y generaliza, de manera que a las objeciones por la desnaturalización que hacía del objeto “literatura”, Todorov afirmaba que el objeto de una teoría no está dado naturalmente sino que es el resultado de una elaboración abstracta. Pero algunos años después este autor no parece tan seguro de que se pueda distinguir la especificidad de lo literario en su consideración puramente textual, por el contrario, se inclina a decir que ésta aún no ha sido especificada y que “Creyendo captar la literatura, los poeticistas han definido la noción lógicamente superior, el “género próximo” (...) lo que falta hacer, sin embargo, es indicar la “diferencia específica” que caracteriza la literatura en el seno del “género próximo”. ¿No será porque la literatura no lo tiene; dicho de otra manera, no existe? (1975:364). T. van Dijk (1972:165-178) también señala la necesidad de delimitar el dominio de la investigación literaria y dice que hay que eliminar los malentendidos que, entre algunos investigadores de la literatura llevan a suponer que el objeto que trabajan está naturalmente dado. Este autor define los fundamentos teóricos de la investigación literaria no sólo por su objeto, sino también por el modo de acercamiento a tal objeto, en otras palabras, por el tipo de discurso que se construye para dar cuenta de las propiedades del objeto. El planteamiento de van Dijk requiere inevitablemente también llevar adelante en su realización los principios de una fundamentación metateórica.

Estos pocos datos nos indican la creciente actividad de búsqueda en esta cuestión, sin embargo y a pesar de la abundancia y variedad de estudios que hoy se conocen, hay que aceptar que no se ha llegado a una definición de la literariedad. Este es el punto considerado capital por muchos. Northrop Frye declaraba sin ambages hace algunas décadas: “no disponemos de verdaderos criterios para distinguir una estructura verbal literaria de una que no lo es”(1966:13), hoy tampoco tenemos esa clase de criterios y habría que ver si estos pueden ser definidos en sólo la consideración de una estructura verbal o si el asunto pide una consideración más amplia y compleja. Jonathan Culler, conocido por sus análisis textuales, dice en este sentido que “en estas condiciones, podríamos llegar a la conclusión de que la literatura no es ninguna otra cosa más que aquello que una sociedad

determinada trata como literatura: es decir, un conjunto de textos que los árbitros de la cultura –profesores, escritores, críticos, académicos- reconocen que pertenece a la literatura”. (Culler,1993:37). Roman Jakobson había declarado que “El objeto de la ciencia literaria no es la literatura sino la ‘literaturidad’, es decir, lo que hace de una obra dada una obra literaria” (citado por Culler, 1993:39) y atraía la atención sobre las estructuras que serían esenciales en las obras literarias. Hoy la discusión se mueve entre una definición de las propiedades de los textos y una definición de las convenciones y de los presupuestos con los que se aborda el texto llamado literario. Lo que parece quedar claro de cualquier manera es que lo que se busca con la noción de literaturidad no es alcanzable en un estudio puramente textual, es algo posible en la consideración de las relaciones diferenciadoras entre el discurso literario y otros discursos. No se trata de una cualidad intrínseca a la obra. “Lo cual significa simplemente –dice Culler- que todas las búsquedas que apuntan a aislar los elementos y las convenciones para producir literaturas coinciden y juntas proponen vías importantes para los estudios literarios (Ibid., p.50). De acuerdo con este punto de vista y el de otros autores, en los estudios literarios sucede lo mismo que en los trabajos científicos en los que, a diferencia de lo que se presupone y que los hace ejemplares, hay limitaciones y pluralidad de perspectivas. En el campo de los estudios literarios existe también variedad de desarrollos diferenciados por sus supuestos y perspectivas propios, sin un eje común y sin perseguir una visión de unidad. En suma, el ámbito de los estudios literarios, al igual que el de la ciencia, es marcadamente opuesto al ideal cartesiano. Signo de los tiempos. Pero entonces, esto también conlleva un cambio en conceptos como “cientificidad” y “literariedad”, estos pierden su sentido “fuerte” y son usados en su sentido “débil” y, en consecuencia, esto hace pensar que es aceptable seguir hablando de la construcción de una “ciencia de la literatura”.

¿Bajo qué criterios un dominio de estudios puede considerarse científico? Hay cantidad de definiciones de ciencia y éstas dependen también del objeto que estudien. En términos generales, dice Cesar González que para la constitución de una ciencia se requieren tres tipos de elementos articulados entre sí: en primer lugar, toda ciencia se refiere a un conjunto de objetos reales que constituyen su campo de estudio; en segundo lugar, cada ciencia presupone el establecimiento de una teoría; en tercero, las ciencias utilizan un método, específico para cada una de ellas, que consiste en un conjunto de procedimientos destinados a comprobar la validez de la teoría de esa ciencia (González, 1982:69).

¿Qué sucede en los estudios literarios? Cuando tomamos en las manos una obra, cuando iniciamos su lectura y de vez en cuando hacemos alguna pausa para reflexionar, lo que sucede es que, en la reflexión tomamos en consideración una serie de representaciones propiciadas por la lectura, que son conocimientos sensoriales o intuitivos y que constituyen el punto de partida de los estudios literarios mediante la “ruptura epistemológica” que señala Bachelard (1983:282). Esto quiere decir que mediante esta ruptura pasamos de un conjunto de informaciones más o menos procesadas, que tratan sobre hechos empíricos, a la construcción de lo que propiamente llamamos conocimientos. En este nuevo terreno, las abstracciones que pasaban como “el saber”, se convierten en materia prima para un nuevo proceso, cuyo resultado es el conocimiento sistemático, radicalmente distinto del concreto real. De manera que el conocimiento objetivo, en esta explicación no es la aprehensión de un objeto o de un dato, sino que se produce a partir de la crítica de las representaciones y de las nociones de lo empírico.

El objetivo de los estudios literarios, entonces, no es el de describir esas representaciones espontáneas, sino el de conocer las obras que consideramos literarias, conocer lo que en éstas se puede distinguir de específico, se las quiere explicar. En un análisis del relato pueden determinarse, por ejemplo, funciones, acciones u otros aspectos de la composición; de su observación sistemática se pueden establecer ciertas leyes y a partir de ellas se pueden formular definiciones. Este proceso puede continuar alcanzando leyes cada vez más generales y también nuevas definiciones; con todas ellas, con las hipótesis y definiciones se establecen después modelos capaces de englobar los resultados obtenidos empíricamente. En este proceso las leyes deducidas no son más que una elaboración y generalización de las observaciones realizadas en las obras literarias particulares, pero se trata de una generalización siempre limitada a una determinada perspectiva. Hasta aquí no hay marcada diferencia entre lo que sucede en el estudio de un texto literario y lo que se conoce como un procedimiento científico en la que hemos considerado como una nueva visión de la ciencia. Pero, por otra parte, en la perspectiva que se limita a una consideración intrínseca del texto, por hablar del caso en que pareciera mantenerse con mayor facilidad la semejanza, en la perspectiva de la poética estructural que hemos tomado como ejemplo, estas leyes sirven ciertamente para situar las obras en su género próximo, el de los hechos lingüísticos, pero en ella queda siempre por definir la diferencia específica del texto literario. En este punto sí hay clara diferencia con las llamadas “ciencias duras”.

Bachelard sostiene que toda ciencia particular produce, en cada momento de su historia sus propias normas de verdad; esto quiere decir que —a diferencia de lo que se había pensado— la verdad de la ciencia no está a la espera de una “fundación” o de una “garantía” filosófica, pues el conocimiento científico, en tanto que científico es objetivo, la objetividad científica no consiste en tomar de manera inmediata como objeto de conocimiento a un objeto real inmediato (material, sensorial o intuitivo). Si todas las filosofías han implicado una teoría del conocimiento, si todas ellas han intentado una teoría del fundamento del saber que garantice la objetividad de sus conocimientos, Bachelard sustituye esta visión por su tesis que afirma que las ciencias producen verdades que son absolutamente verdades porque no están relativizadas por la huella del sujeto; pero se trata de verdades que tampoco son absolutas en el sentido de que alcancen el punto de perfección del conocimiento que se presume cabal: éstas siempre son relativas sin que dejen de ser verdades. ¿En qué sentido, entonces, se habla de ciencia? ¿El calificativo de “científico” ve atenuada su estimación? Esta es, como se ha señalado, la opinión de Kuhn y de otros, a diferencia de la visión magnificada de lo científico que existía y aún sigue existiendo en nuestros días.

Si el problema de las ciencias sociales y de las humanas es el del objeto porque no lo tienen precisado, hay que considerar también la fragmentación que los intentos de su determinación implica. En las ciencias humanas la lingüística ofrece un claro ejemplo: ésta cobró existencia con la construcción del objeto “lengua” oponiéndolo a la noción de “habla”, pero su dominio es bastante reducido en relación a los problemas que comunmente enfrentamos; el caso que nos ocupa, el del estudio de la literatura lo ilustra claramente. En el desarrollo de las diferentes disciplinas se obtienen importantes logros, sin duda, pero para afrontar un problema, usualmente se requiere de la colaboración de varias de ellas. Los resultados de las investigaciones disciplinarias son siempre limitados, pero son con los que contamos. A estos márgenes se reduce la magnilocuencia del discurso científico que con intermitencia todavía se escucha. Sobre las disciplinas sin objeto bien definido Althusser se

pregunta si “¿no serían las ciencias humanas ciencias sin objeto precisamente porque no hacen más que realizar en su “objeto” determinadas tendencias idealistas, arraigadas a su vez en las ideologías prácticas de nuestro tiempo, es decir, en nuestra sociedad? ¿Se tratará de ciencias sin objeto que no son en realidad más que filosofías disfrazadas de ciencia?” (Althusser, 1975:39).

La perspectiva trabajada por Bachelard y sus seguidores (Canguilhem, Foucault), al igual que la de otros investigadores tiende a apurar la sustitución de la filosofía por planteamientos diferentes (Comte), pero al mismo tiempo –como lo hace Kuhn– desmitifica la concepción positivista de la ciencia. Esto parece indicar que la sustitución no es tan efectiva, no sólo porque la filosofía sigue estando presente aun en los trabajos de los científicos, sino también porque del archipiélago de desarrollos de cientificidad “débil” los humanos siempre tendemos a conformar un continente que nos parece más consistente.

En el proceso de conocimiento se habla, entonces, de dos objetos: el objeto real que “existe independientemente de su conocimiento” (Marx) y el objeto de conocimiento que es lo que el empirismo considera como la esencia del objeto real. Ahora bien, no se puede tomar como objeto de conocimiento al objeto real –como lo hace Wellek en su **teoría literaria**– porque con ello no se hace sino asumir la existencia de la literatura y aceptar las abstracciones del sentido común como resultados; por otra parte, esto hace posible sólo un grado mínimo de generalización. En una manera atendible de ver la cuestión, el objeto de una ciencia se toma como el producto de un trabajo de transformación de una materia prima; se trata, entonces, de un objeto formal abstracto, porque es producido a partir de las representaciones empíricas que nos hacemos de los hechos, por eso un objeto de conocimiento que pareciera aceptable en el dominio de lo literario es el propuesto por Jakobson y los formalistas: la literariedad. Aceptando este objeto, la tarea de la teoría literaria consistiría en trabajarlo para producir los conceptos que pudieran explicar las obras literarias. Pero, como lo indica Cesar González “lo que impide que la literariedad sea un verdadero objeto es que, tanto éste como el trabajo y los medios de producción de conceptos, no puede verse separadamente de la historia; todos ellos están determinados por una serie de condiciones económicas, sociales, políticas, ideológicas etc.; el tratamiento de la literariedad no toma en cuenta estos factores, (González, 1982:97). De manera que nos encontramos nuevamente ante la posibilidad sólo de generalizaciones limitadas ¿No llegábamos a conclusiones semejantes en las consideraciones sobre la ciencia? Decimos semejantes porque es innegable que algunas de las ciencias alcanzan un grado relevante de generalización; en las ciencias humanas, en cambio, la generalización es menor, tal vez porque se ocupan de zonas más próximas o que son parte del complejo fenómeno humano. La dificultad en los estudios literarios consiste principalmente en que se asume de entrada la existencia de la literatura, cuando el punto de partida tendría que ser la problematización de ese supuesto; se debería iniciar preguntando si existe una clase de textos literarios y cuáles son los criterios para definirlos. Otra dificultad de menor envergadura pero ampliamente soslayada es la inopinada tendencia a optar por estudios que se emprenden tomando como su objeto un dominio de hechos considerados de manera inmediata y sólo tomando en cuenta sus características inherentes. Esto último se ve alentado, tal vez, porque parece ofrecer mayores posibilidades a los proyectos de estudios calificados como científicos.

¿En qué sentido se puede hablar de literatura latinoamericana?

Hemos buscado dejar fundado que la ciencia en el sentido que comunmente se menciona no existe, que esta socorrida opinión es sólo una visión popular de la misma, es una imagen idealizada, porque los atributos que se le adjudican no se dan en sus procedimientos reales, estos últimos, más bien demuestran que la actividad científica, como cualquier otra actividad humana, es también limitada en varios aspectos: no tiene la consistencia que se presume, su organización interna no es tan compacta, pues no sólo llega a tener inconexión entre sus partes y presenta lagunas considerables, sino que hay varias maneras de hacer ciencia y estas pueden originarse también de varios motivos, como de una intuición, de una estipulación arbitraria, de creencias o de otras causas que señalan su carácter condicional y proporcional. Si esta es la imagen desmitificada de la ciencia, aparece como necedad cualquier apelación a sus virtudes de coherencia, de precisión y de cumplimiento riguroso de un procedimiento metodológico. Así las cosas, presentar la ciencia como modelo en los estudios literarios no tiene el sentido que se supone. Sin embargo, en este campo, como en el científico, existe la insorteable necesidad y deseo de conocimiento, y si a éste lo deseamos perfecto y perdurable, nuestra condición sólo es capaz de lograrlo con limitaciones que, como tales, nos mantienen en la búsqueda y en la posibilidad de conformarlo y/o modificarlo. Estas posibilidades pueden realizarse ciertamente de manera mejorada o de manera científica si se quiere, pero teniendo presente que este calificativo no es usado como sinónimo de perfecto o absoluto.

Hemos visto que estudiar la literariedad interpretada sobre la base de determinados mecanismos verbales, aunque mantiene de cerca el modelo de la lingüística, sus resultados son insuficientes, sobre todo porque se trata de dos cosas distintas, el fenómeno literario no puede ser reducido a estructuras verbales. Sin embargo, no obstante el énfasis que se ha puesto en los estudios literarios enfocados a los aspectos intrínsecos de los textos, no hay que olvidar que ya el mismo formalismo ruso dejó líneas abiertas de investigación que conducen a algo más allá del texto. Parecía tentadoramente viable estudiar el fenómeno literario considerado sólo como construcción verbal, pero esta perspectiva es apenas parte de lo que se busca estudiar que es de mayor complejidad. Una, entre otras, de las posibilidades que quedaron abiertas desde el formalismo es la que se venía perfilando en la polémica encabezada por M. Bajtín y que ha alcanzado desarrollos importantes en la Escuela de Tartu, donde se hace la distinción entre texto y no-texto, distinción no basada en consideraciones puramente textuales sino en una perspectiva más amplia. Para esta escuela, el texto literario es el resultado no sólo de un trabajo de la lengua sino también de un procesamiento cultural de la información. Su contrapuesto, el no-texto, es algo producido pero pronto también olvidado, sin embargo, éste tiene importancia porque constituye un punto de referencia, es un medio de distinción del texto que es producido pero almacenado en la memoria cultural. El texto es ciertamente considerado como una construcción verbal, pero que cumple una función cultural y por ello se conserva.

No hay que olvidar que una obra se distingue como literaria o artística basándose en un juicio de valor, que no es un acto puramente individual, tampoco consiste su distinción en la incuestionable y fácil aceptación unánime de su especificidad, sino que su tipificación es el resultado de un complejo proceso en el que inciden factores culturales, históricos,

sociales etc. Considerada la cuestión en estos términos, el ámbito de los estudios literarios ya no es, como lo señala Cesar González (1982:106) el de un conjunto de hechos definibles en términos de esencia, sino en términos de función: su dominio es el conjunto de los fenómenos literarios en su funcionamiento histórico y social. W. Mignolo coincide en esta observación al decir que el problema no es ya el de definir la literariedad, sino el de describir las condiciones bajo las cuales ésta llega a darse (Mignolo, 1978:12). De modo que en este cambio, en esta nueva manera de enfrentar la dilucidación de lo literario, el valor, la supuesta existencia del fenómeno, de ser la base de las investigaciones, pasa a convertirse en objeto de conocimiento y, entonces, el trabajo de búsqueda consistirá en discernir cuándo, dónde, para quién un texto determinado tiene un valor literario. Se trata de un cambio que, sin duda, altera nuestros arraigados esquemas de estudio, pero que también hace posible el dar respuesta a cuestiones que la investigación no ha podido contestar. Si en nuestros países, en la breve historia de los estudios literarios, se ha buscado mayormente una explicación general (universal) de la literatura, se ha dejado descuidada, inexplicada o simplemente supuesta la distinción de lo que manejamos como literaturas específicas, sean estas continentales, nacionales, regionales o cualquier otra. Hasta ahora ha dominado la tendencia a la generalización como una manifestación concreta de un modo de pensar y de investigar, pero en últimas fechas cada vez se habla menos de buscar la esencia de la literatura y, en cambio, se la considera más como un fenómeno histórico y social. Los nuevos marcos teóricos en esta cuestión hacen posible ahora el trabajo para alcanzar explicaciones atendibles a lo que queremos decir cuando hablamos de una literatura específica. Esto no quiere significar la anulación de toda investigación de lo generalizable, pero sí un cambio en el movimiento del péndulo que ahora tiende a ocuparse más de lo particular, oscilación que, por cierto, es tan antigua como la cultura misma, se trata de la relación entre lo uno y lo múltiple.

En los terrenos de la investigación literaria, la relación entre saber y objetos por conocer descansa en un fundamento teórico en resumen débil. Por eso quedan innumerables retos que aceptar. Pasar de este terreno de conocimiento a terrenos de ideas generales es, al menos por ahora, todavía una empresa peligrosa, es, como dice Michel Serres, una empresa que hay que desaconsejar en las ciencias humanas, porque “lo que se sabe de las ciencias demuestra que sólo puede haber verdades según los territorios locales, las singularidades” (Serres, 1981). Si el estudio de la literatura puede ser científico, puede serlo no sólo en grado menor a algunas ciencias, sino que, como ellas, en sentido débil. Esto, sin embargo, nos deja despejado el camino para la elaboración de una explicación aceptable de nuestra literatura latinoamericana.

Toluca, noviembre de 2001.

Herminio Núñez Villavicencio

Referencias.

Bachelard, Gastón, 1983, **La formación del espíritu científico**, México, siglo XXI.

Popper, K., 1972, **Objektive Knowledge**, Oxford.

Antiseri, D., 1986, “La forza del pensiero debole”, en **Dove va la filosofia italiana**, Roma-Bari.

Feyerabend, P. K., 1997, **Contro il metodo. Abbozzo di una teoría anarchica della conoscenza**, Feltrinelli, Milán.

Popper, K., 1974, “Replics to my critics: Lakatos on newton and Freud”, en **The Philosophy of Karl Popper**, (comp.) P. A. Schilpp, Open Court, La Salle.

Eijzenbaum, Boris, “La théorie de la méthode formelle”, en Todorov T. ed. Y trad., **Théorie de la littérature**, Seuil, Paris, (1925).

Alonso, Dámaso y Carlos Bousoño, 1970, **Seis calas en la expresión literaria española**, Madrid, Gredos.

Todorov, T., 1968, “La poétique structurale”, en **Qu’ est-ce que c’est le structuralisme**, Seuil, Paris.

Todorov, T., 1975, “La notion de littérature”, en **Langue, discours, société. Pour Emile Benveniste**, Paris, Seuil.

Dijk, Teun A. van, 1972, **Some Aspects of Text Grammar**, Mouton, La Haya.

Frye, N., 1966, **Anatomy of Criticism: four essays**, Princeton, Princeton University Press.

Culler, Jonathan, 1993, “La literariedad”, en Marc Angenot y otros, **teoría literaria**, México, Siglo XXI.

González, Cesar, 1982, **Función de la teoría en los estudios literarios**, México, UNAM.

Althusser, Louis, 1975, **Curso de filosofía para científicos**, Barcelona, Laia.

Mignolo, W. D., 1978, **Elementos para una teoría del texto literario**, Barcelona, Editorial Crítica.

Serres, Michel, en **Le Monde** del 10 de mayo de 1981.